



HOYOS Y VINCENT



LUIS PORTAL



VALLE INCLÁN



MULDER DE DAUNER



S. GONZALEZ ANAYA

AUTORES  
Y LIBROS

# EL AÑO LITERARIO

COMENTARIO DE  
CRISTOBAL DE CASTRO

AUTORES, EDITORES, PÚBLICO

Por nosotros no pasan años. Los mismos problemas del anterior se ofrecen, enteros y pateros, á saber: los españoles que quieren comprar libros no pueden y los que pueden, no quieren.

La aristocracia y la alta burguesía recaban para sí el monopolio mundial de no leer, y á mucha honra. Los duques, como los banqueros, no entran en las librerías ni atados. En cambio, nuestra clase media, y no pequeña parte de la obrera, muestran vivísimos afanes de cultura. Pero, como decimos, inútilmente. A la entrada de cada librería hay un Cerbero: el precio altísimo. ¿Quién puede dar un duro por ejemplar? El público pasa de largo... Y los escasos libros que se compran, se compran en fuerza de privaciones y sacrificios.

MEDIOS JUSTOS Y RÁPIDOS DE ABARATAR EL LIBRO

En tanto que el Estado implanta una «política del libro»—reorganizando todos sus factores, desde el papel á los bonos de exportación—existe un medio justo y rápido de abaratar el libro. ¿Cómo? Evitando que el librero lo recargue, como hasta ahora, con el cincuenta y el sesenta por ciento de comisión.

Claro es que á los libros les parecerá un disparate. Dirán que por qué sólo ellos han de proveer al asunto. Que también deben contribuir á la baratura el autor, el editor, el impresor, el fotograbador, etc. Pero, ¿es que alguno de esos factores cobra, como el librero, el cincuenta y el sesenta por ciento, por ejemplar? ¿Es que hay negocio alguno en la tierra que rinda provecho tan fabuloso?

El autor pone su inventiva; el editor, papel é imprenta; el librero, su tienda de vender. Pero si el libro no se vende, el autor pierde su trabajo; el editor, su dinero; mas el librero, con devolver el libro, cumple. ¿Cabe, pues, comparar los riesgos? En cambio, si el libro se vende, el autor cobra el veinte por ciento; el editor, el treinta, y el librero, el cincuenta. ¿Cabe, pues, comparar las ganancias?

¿Y no es justo, por tanto, que quien arriesga menos y gana más sea el más obligado, ya que no á arriesgar más, á conformarse con

ganar menos? Así lo han entendido los libreros de Italia, acordando una rebaja del diez por ciento en la venta. ¿Por qué los de España no habrían de hacer lo mismo? ¿Por qué no habrían de conformarse con el treinta ó el cuarenta por ciento de ganancia en un negocio donde, arriesgando menos que todos, se llevan la parte del león?

Por supuesto, que no aspiramos á que los libreros «exponete sua» imiten á sus camaradas de Italia. Ni tampoco á que los autores españoles tomen cartas en el asunto. Ni menos á que los periódicos, tan propicios á hacer campañas porque se abarate el pan, las hagan porque se abarate el libro. Señalamos el monstruoso hecho—salvando, claro está, la consideración que el gremio merece. Recogemos el formidable fracaso de «El día del libro»—fracaso señalado por libreros tan inteligentes como Beltrán y San Martín. Y remitiéndonos á la conferencia que sobre «La crisis del libro» dimos en la Casa del Pueblo, y que se publicó íntegra en el *Boletín del Arte de Imprimir*, insistimos en la necesidad urgente de reorganizar el Comité del Libro, la Cámara del Libro, y demás organismos oficiales que con el libro se relacionan, ya que su función actual mantiene en pie todos los problemas, culturales como industriales.

RESUMEN BIBLIOGRÁFICO

Nos proponemos, como en años anteriores, dar un resumen bibliográfico de las obras más importantes recibidas. Nada de crítica; sencillamente evocación de lector. ¿Qué libros han dejado huella en nuestro ánimo? Sobre las escuelas y las modas—cosas fugaces y adventicias—ponemos esta cualidad suprema: la Emoción. Literaria, artística, científica, política, social, la Emoción guía este Resumen. De suerte que, jóvenes ó viejos, amigos ó enemigos, desconocidos ó familiares, los autores que aquí figuran, figuran «por derecho propio», esto es, por la Emoción que nos dió su obra.

POETISAS Y POETAS

Durante el año 27 se han revelado dos poetisas absolutamente ignoradas. Poetisas que, por cierto, son, á la par, Musas y Gracias—como la condesa de Noalles, como Juana Ibarbouru, como madama Catulle Mendes,

como Raquel Sáenz—. Poetisas que desterrarán el viejo tópico de «Poetisa y fea, todo en una pieza», Isabel Mulder y Rosario Sansores, las dos escritoras á que aludimos, son dos bellezas. La primera, de origen alemán, tiene en la magia de sus ojos verdes el sirenismo y los conjuros de una Loreley, real y moderna. Su hermoso libro *Embrujoamiento*, la filia en el rango de Baudelaire. Es una gentilísima posesora del Mal Amor. Una admirable «Musa Tenebrarum»:

¡Ah! Tú no sabes cómo tortura  
mi mirar verde y esta blancura  
maravillosa de mi hermosura  
de perdición!  
¡Ah, tú no sabes cómo sofoca,  
cómo embrutece, crispada y loca,  
la grana ardiente que hay en mi boca,  
toda pasión!

Encendida, abrasada, se retuerce en llamas de amor, como el sarmiento de Anacreonte:

Señor, que consuelas, perdonas y amas...  
Señor, que dulzura de mieles derramas.  
¡Apaga este fuego! ¡Extingue estas llamas!  
Mi cuerpo es un ascua que rinde y sofoca.  
Es como una brasa candente mi boca.  
¡Soy carne, Señor, no soy una roca!...

Morena, como Sor Juan Inés, con la pompa sensual y la exuberancia sentimental de una Avellaneda, Rosario Sansores, nacida en Méjico, como la Monja insigne, criada en Cuba, como la lírica selvática, ofrece en *Cantaba el mar azul* una soberbia Antología otoñal.

¡Vanidad de vanidades! Frente al espejo, suspiro,  
¡Vanidad de vanidades! Mañana polvo seré.  
Y esta piel, hoy satinada, que, fresca, en mi rostro miro,  
igual que una flor marchita con honda angustia verá...

Esta angustia de enamorada otoñal, que recapitula su vida ante el espejo, palpita de verdad humana, con la solemnidad dramática de una regia abdicación. A lo largo del bello libro navega su tristeza infinita como esas góndolas funerales de la Venecia de Hudo Fóscolo:

Llevo en mi corazón la primavera,  
pero otoño en mis ojos se acerca  
y extiende sigiloso su neblina  
como una gasa pálida y ligera...  
¡Llevo en mi corazón la primavera!  
—le digo al Tiempo en implorante angustia—  
mientras él ríe, y, presuroso, mustia  
mi ardiente juventud que al sol abriera.  
—¡Detente aún, porque al amor espera,  
temblando, mi ilusión—suspiro, ansiosa,  
¡Llevo en mi corazón la primavera!...



JOSE FRANCES



LUIS BELLO



E. RODRIGUEZ LARRETA



FRANCISCO DE COSSIO



BLASCO IBAÑEZ



JUAN SOCA



EMILIO CARRERE



ANGELICA PALMA



ALFONSO DANVILA



GREGORIO MARAÑÓN

¿No es el mismo pavor de Safo, queriendo detener la segur de Cronos? ¿Implorándole, de rodillas, como una princesita al Ogro cruel?

Los poetas también honraron el año. Carrere, en *Panderetas de España*, junto á los aguafuertes filipicos y fernandinos, con el paso procesional de la Inquisición y de los verdugos serviles, pone ingenuas estampas de inmensa ternura paternal. Angel Lázaro, en *Confesiones*, descubre las tragedias intimas del hogar mesócrata con brio juvenil y patético. Gabino Díaz de Herrera, en *Abril*, ensaya, con afán renovador, las gestas, el amor temprano. Julio Raul Mendilaharsu, el malogrado uruguayo, se ofrece, en la edición devotamente seleccionada por su viuda, con un espíritu selecto, acongojado por el pragmatismo de la época. Antonio Alcalá Wenceslada recoge en *De la solera fina* el sentimiento popular de la copla andaluza. Julio Ugarte, en *Glosario lírico de Job*, muestra su fino instinto poético.

## NOVELISTAS Y CUENTISTAS

¡Gran año para la novela! Se inicia con el triunfo de Larreta, en *Zogoibi*, magistral, pintoresco y profundo análisis de la Argentina actual, combate insigne entre la Estirpe y la Emigración, entre el Cosmopolitismo y la Raza hispana.

Blasco Ibáñez prosigue sus recias y animadas evocaciones históricas, destacadas en el ambiente moderno, poniendo sus fervores de español y su exaltación de valenciano en la vindicación de los Borgia, que surgen en *A los pies de Venus* con el impulso arrollador de un vendaval.

Pío Baroja enriquece su museo novelesco con *Las veleidades de la Fortuna* y *Los amores tardíos*, serie de cuadros memorables donde el robusto vasco Larrañaga desfila, entre cortejos exóticos de la postguerra.

Angélica Palma aborda, en *Tiempos de la Patria vieja*, el drama de la independencia nacional, entre el padre español y la esposa y los hijos peruanos. Páginas de vivaz estilo y gran finura psicológica, tan lejos del filibusterismo criollo como de la adulación hispanista, recuerdan, por su amenidad y colorido, las *Tradiciones peruanas*, de su ilustre padre, y por la robustez de sus caracteres, los *Episodios*, de Galdós.

El maestro Valle Inclán corona de honor nuestras letras con dos novelas formidables: *Tirano Banderas* y *El ruedo ibérico* (*La Corte isabelina*). En *Tirano Banderas* alienta, lucha, ruge la Hispanoamérica verdad, substraída á brindis y banquetes, á Embajadas y Consulados, á conferencias más ó menos científicas y colaboraciones más ó menos literarias. Valle Inclán, titánico *sui juris*, da las perspectivas geográficas, históricas, políticas y sociales en inmensos frescos murales, vivientes y terribles, que recuerdan los de Puvis de Chavannes, en el Panteón, y,

á veces, los de Miguel Angel, en la Sixtina. Trágico y bufo, como Esquilo y como Shakespeare, sus personajes son también bifrontes: héroes y payasos. Todas y cada una de las revoluciones americanas se encierran en *Tirano Banderas*, monumental diccionario social y político, de estupenda riqueza filológica.

En cuanto al *Ruedo ibérico*, la Corte isabelina aparece en él con tan viva y ágil fidelidad como en las viñetas de *El Guiriguay* ó de *El Padre Cobos*. Sus desenfadados «esperpento», sus audaces guiños de pasquín salpimentan el manjar trágico de una dinastía corrupta y de un pueblo en liquidación...



Recientes aún nuestros artículos sobre González Anaya—*Nido de cigüeñas*—y Mario Verdaguer—*El marido, la mujer y la sombra*—, hemos de limitarnos á repetir el triunfo de ambos grandes escritores, señalando *Nido de cigüeñas* como revelación de una nueva Andalucía, y *El marido, la mujer y la sombra*, como ensayo de un nuevo humorismo.

Con *Rostros en la niebla* logra José Francés esa emoción, fina y profunda, estilista y psicológica al par, que se llama «terror literario», y que supone un firme imperio del espíritu y de la pluma. El lector, materialmente subyugado por estas páginas de misterio y penumbra, llega á sentir la «dasidaimonia», aquel «santo pavor» de los iniciados en Eleusis. Acaso *Rostros en la niebla* sea uno de los pocos libros españoles donde el interés y el estilo van parejos, en vuelo de gran altura.

Concha Espina, en *Las niñas desaparecidas*, adorna con delicadeza una breve y sencilla fábula. *El Caballero Audaz*, en *La Venenosa*, dramatiza las aventuras de un funámbulo, de una bella, de rastacueros y de apaches. Rodolfo Avis, con *Realidad*, ensaya unos dibujos, entre galantes y grotescos, de niñas bien y pollos *pera*. Constantino Suárez sabe abocetar un carácter en *Una sombra de mujer*. Menoyo Portalés, en *El tesoro de los Monjes*, traza, con no escaso vigor, cuadros de realidad y cuadros de leyenda en las Alpujarras. Arturo Despouey, en *Santuario de extravagancias*, autorizado con un prólogo del ilustre Eduardo Ferreira, desenvuelve, con garbo audaz y opulencia de citas modernas, la farsa del «gran mundo» uruguayo...

Alfonso Danvila, que en años mozos escribiera de galanterías y amor, dando libros de cuentos vivaces y colaborando con Benavente en traducciones como *Manon Lescaut* y *La señorita de Belle-Isle*, se traslada en su madurez al grave campo de la Historia, abastecido de cultura y discurso.

Ha elegido para su acción la zona poco recorrida de la decadencia nacional, á partir de Carlos II, habiendo publicado ya varios interesantes y doctos volúmenes sobre *El testamento de Carlos II*, *La Saboyana*, *Austrias y Borbones*, *El primer Carlos III*,

*Almansa* y *La princesa de los Ursinos*.

Ahora nos presenta, en dos tomos, *El archiduque en Madrid*, obra de largo y recio aliento, cuya estructura novelesca enlaza diestramente la Leyenda y la Historia con arte clásico y moderno al par. Tiene del clasicismo la serenidad, y de lo moderno, la soltura. Danvila es un ferviente galdosiano, siempre atento al aula de los *Episodios*. Mas también es un atildado epigono de los «ensayistas» que decoran sus «ocios diplomáticos» en la *Revue de Deux Mondes*, y sabe ornar el Protocolo de encantos literarios. En *El archiduque en Madrid* resplandece su fino ingenio de escritor y su dominio de la época en la animada evocación de aquellos cortesanos que fluctúan entre Felipe V y el Archiduque, como el asno de Buridán entre los dos piensos.

Nuestro simpático polígrafo el doctor Juarros debuta como novelista con una obra, «armada de todas armas», como la Minerva del mito. *El niño que no tuvo infancia* es un encanto de interés, amenidad, observación y estilo. Sobre todo, de estilo. Cortado, preciso, substancioso, fértil de imágenes, henchido de modernidad, hace de *El niño que no tuvo infancia* una novela de «vanguardia» auténtica. Recuerda, por sus cuadros colegiales, evocados con una melancolía entre risueña y triste, ciertas páginas de Carlos Peguy. El carácter del parvo heroe va surgiendo con esa lógica ilógica de los niños que luego es en los grandes «la razón de la sinrazón». La novela, sin detrimento alguno científico, es, ante todo, una novela, una gran novela.

## VALORES NUEVOS

Valores nuevos. Abrimos *La Prueba*, de Francisco de Cossío, y á las pocas páginas advertimos un gran temperamento de escritor. Novela de rara originalidad por la fábula y por sus modos, busca en la fantasía sus fuentes, y en un humorismo elegante, su arquitectura deliciosa.

Nos hallamos, sin duda, ante un talento cultísimo, en contacto con las «vanguardias» auténticas. Todas las antiguallas novelescas, como todas las novedades ridículas, están ausentes de *La Prueba*. *La Prueba* es una novela modernísima seriada en cuadros de una realidad fantástica ó de una fantasía real. El protagonista es un sabio que tiene el don de «ver» el porvenir, no por condición física, como un faquir, sino por cálculo aritmético, como un científico. Sabe el número que saldrá en la ruleta. Los cambios caprichosos de una cocota. La ruina que empobrecerá al rico. La herencia que enriquecerá al pobre... Tiene en sus manos—en sus «cálculos»—el porvenir de la Humanidad. Y, naturalmente, no bien se divulga este hechizo, todos se hacen esclavos de él. Los banqueros, los enamorados, las mujeres, los ambiciosos... Con tan preciados elementos y una pluma ágil y fuerte, Cossío ha escrito una gran novela.